

ramente, Molina-Foix no tiene el espíritu de "voyeur" sifilítico del teórico francés del erotismo. Molina-Foix, con ese si-es-no-es de londinense que le caracteriza, se interesa fundamentalmente por las relaciones del cuerpo y del sueño, que es parte del cuerpo: ordena el caos corporal —de vísceras, excrementos, orina, sudor y piel— en el orden del sueño narrado, y conste que digo narrado, porque el sueño es también parte del desorden, parte del cuerpo que se inventa con torpeza, y que hay que codificar en un lenguaje convencional para hacerlo coherente, para darle entrada en el mundo lógico —en apariencia— en que nos movemos, donde las palabras tienen su sentido.

Aunque el libro de Vicente Molina no tenga mucho de surrealista, sí hay ese mismo impulso de domar demonios, de plasmarlos en un panorama coherente. Es hábil maestro en la descripción de lo gris, de las pequeñas ciudades portuarias, del difícil ligue de una noche tan sólo. Y todo esto lo transmuta en insólito, insólito de personajes y de situaciones, creando un universo donde la decadencia y la pérdida de la juventud no son precisamente valores negativos, sino fermentos orgánicos para una nueva afirmación del ser en su entorno y en su tristeza infinita.

No me es posible —siempre he rechazado, cuando la cosa no ha sido demasiado evidente o escandalosa en cualquier sentido, bueno o malo— juzgar de la calidad literaria de este libro; no es mi intención meterme en complicados e inútiles estudios de estilo y forma. La novela de Molina viene, en cualquier caso, a cumplir un papel importante en nuestra literatura: contar sin dramas, pero sí con un sentido absolutamente trágico de la narración, lo que Caillois llamaba "las potencias del sueño", que vienen a ser la verdad de la vida diurna. ■ E. H. I.

Miguel Hernández: entre la pasión y la Historia

Por la calidad de su obra, por el calor de su humanidad y por las circunstancias de su muerte, es evidente que las dos víctimas

por antonomasia de nuestra guerra civil fueron García Lorca y Miguel Hernández. Lo cual no es decir que su muerte empujara o difumina las restantes, sino, por el contrario, que tipifica la de cuantos, en la guerra y en la posguerra, pagaron con la vida el hecho de no pensar como sus jueces. Simplemente, Federico y Miguel siguen, gracias a su obra literaria, vivos, próximos y su muerte se repite en nuestra imaginación cada vez que leemos alguna de sus páginas.



Miguel Hernández.

Encarar la biografía de Federico o de Miguel supone, pues, muchas cosas. Primero, encarar la guerra civil —y pensar que aún hay quien exalta aquella barbaridad o sueña con repetirla!—, con todo lo que ello implica. Y, luego, poner a prueba nuestra capacidad para "quedarnos con todo" sin, a la vez, dejarnos arrastrar. Una de las lecciones de la guerra fue que 120 aviones de la Legión Cóndor podían más que todo el entusiasmo miliciano y que la pasión sirvió más para matar y dividir que para otra cosa.

Vienen todas estas consideraciones a cuenta del ardoroso libro que Federico Bravo Morata acaba de dedicar a Miguel Hernández (Ediciones Fenicia, Madrid). Un libro caliente, lleno de amor al poeta, importante, pero al que a veces traiciona el apasionamiento. Más aún: yo diría que, contra la voluntad del autor, lo dulcifica. Porque si la "to-

ma de partido" de fondo es, ante un tema como éste, inexcusable, el manifestarla con tanta vehemencia —calificando a las personas en lugar de limitarse a contar sus actos o dejando que la indignación interpole consideraciones sarcásticas— más bien permite al lector pensar que el historiador ha cargado la mano y que la acusación nace antes de la solidaridad ideológica entre el biógrafo y el biografiado que de la misma Historia.

La interpretación que Bravo Morata hace de la acción de Casado, en las postrimerías de la guerra, es un ejemplo. Porque una cosa es estar contra ella —como lo estuvo el Partido Comunista y, por lo tanto, Miguel Hernández— y otra creer que por entonces aún era posible la victoria republicana. La misma figura de Besteiro resulta en el libro contradictoria. Y la muerte del "cuñado de Lorca" se refiere en términos que, si hemos de creer a Gibson, son notoriamente inexactos.

Justamente una característica de la historia escrita por la derecha ha sido sumergir los hechos en la calificación ideológica. A esa manera de contar la historia hay que oponer otra, no ya por estar escrita en función de otros intereses, sino por traducir esta opción a otra metodología, por explicar las relaciones causales, las motivaciones profundas y los fines de los actos sociales, sin centrar la explicación en las pasiones y los odios. ¿Acaso el propio Hernández no hablaba de "Viento del pueblo"?

El libro de Bravo Morata es, en este sentido, dual. Porque dentro, en su esqueleto, está el intento de llegar al fondo, de se-

guir los pasos del cabrero Miguel, juego poeta, primero católico y luego comunista, comisario de El Campesino, condenado a muerte por los Tribunales y ejecutado por la tuberculosis en una cárcel, en un período de vida española. Pero luego, por fuera, está la irritación, la ideología hecha grito y puñetazo. Lo cual arroja, en definitiva, un libro entrañable y, a la vez, en tanto que investigación histórica, arduamente subjetivo. ■ JOSE MONLEON.

CINE

"El visitante (del más allá)"

Son tantas las películas en las que las poderosas fuerzas del mal se apoderan de los cuerpecitos rechonchos y blandos de jovencitas adolescentes, que hasta Dios ha tenido que intervenir. Y es que han sido muchas las historias de estas jóvenes extrañas: "El exorcista", "La profecía", "La maldición de Damien", "Carrie", y una retahíla menor que ha vuelto a poner de moda el viejo conflicto del Bien y del Mal, a veces con ingenio ("Carrie"), pero la mayoría de las veces con el simplismo de historietas banales, idénticas unas a otras.

De modo que Michael Paradise, director de "El visitante (del más allá)", ha resuelto el problema poniendo en marcha a Dios en sus tres personas conocidas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El



John Huston, en "El visitante (del más allá)".